



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13451

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Península: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—Ex-
traordinario, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º
de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración: Mayor, 24

JUEVES 20 DE SEPTIEMBRE DE 1906

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumar-
tin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL

COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

GENCIAS en TODAS las PROVINCIAS de ESPAÑA, FRANCIA y PORTUGAL

42 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS sobre LA VIDA.—SEGUROS contra INCENDIOS.

Redacción en Cartagena. VIUDA DE SORO Y COMPAÑIA Caridad 4, principal.

enseñanza en Cartagena

SESIÓN ÚNICA

querido colega «Re-
levante», ha publicado en
de ayer el siguiente no-
tículo comentando con elo-
trabajos que en pro de
en todas las escuelas
la sesión matinal única,
en los periódicos to-
querido amigo y co-
D. Antonio Puig Cam-
quien felicitamos por el éxi-
obtenido en su campaña.
así el citado periódico mur-

Cartagena, esa bella ciudad herma-
ra, que escribió gloriosas pá-
la pedagogía moderna, sien-
hermosa el haber sido la
España que levantara edi-
oc para que recibieran sus
cultura con arreglo á los mo-
cedimientos de la enseñanza
sigue á pasos agigantados
del progreso.
iniciativa del joven é ilustrado
D. Antonio Puig Campillo,
bastado para ello con escri-
tantos hermosos artículos pu-
en la ilustrada prensa de
ciudad, no tardará mucho
en todas las escuelas pu-
riciales y no oficiales de Carta-
sesión matinal única, saliendo
rutinaria, arcaica y antihigién-

nica costumbre de tener sometido al
niño á la torturación de seis ó siete ho-
ras diarias de escuela, entre cuatro pa-
redes..

La iniciativa del señor Puig Campillo, que en otra ciudad hubiera sido desechada, tal vez por desconocer el alcance del nuevo sistema adaptado ya con éxito extraordinario en naciones como Inglaterra, Alemania, Suiza y buena parte de Austria, en Cartagena ha sido acogida con gran cariño tanto por los ilustrados maestros, todos los cuales conocen á fondo la moderna Pedagogía, cuanto por los padres de familia de la culta ciudad, que siempre están al lado de los profesores de sus hijos, á quienes admiran y respetan conceptuándolos capacitados para llevar á cabo la labor que constantemente y en sentido progresivo realizan los más civilizados países cuya cultura flán sólo en la educación de las nuevas generaciones.

La importancia que tiene el asunto para la educación del niño es grandísima, y así lo han comprendido en la vecina ciudad profesores y padres de familia.

El régimen seguido en la actualidad en nuestras escuelas no puede ser de más perniciosos efectos para la educación de los hombres del mañana.

«Es prueba si no de crueldad, de triste ignorancia, al menos, el que los padres de familia no piensen en darse cuenta de lo terriblemente defectuosa que es la educación de sus hijos, dado el régimen á que se les somete y del que son una protesta cruel esos niños endebles, enfermizos, muchos de los cuales dejan el mundo cuando empiezan á ser hombres ¡Seis y hasta siete

horas diarias se tienen encarcelados, con el aplauso de los padres, á pequeños que no cometieron delito alguno! Estos que son todo energía, movimiento, alegría, vida, es lógico que odien y se resistan á ir á esa escuela tradicional opuesta á las leyes naturales, que les recluye mucho tiempo durante las horas más hermosas del día privándoles de salud y alegría, pues que les roba el sol, la luz, el aire y el tiempo para esparcir el ánimo y desarrollar los miembros: estado de cosas cuya desaparición aconsejan la más elemental caridad y la misma conveniencia social».

«El trabajo escolar ha de tener sus límites, interrupciones ó descansos más ó menos largos, teniendo presente las fuerzas de los niños, para que no les quite la salud y mate el germen de su inteligencia».

Esto dice un maestro cuyas provechosas enseñanzas las da en escuelas levantadas con todos los adelantos de la Pedagogía y con arreglo al sistema graduado é integral...

¿Qué no podríamos decir respecto á los niños que concurren á nuestras escuelas, antros asquerosos la mayor parte de ellas, en donde permanecen hacinados los niños, á algunos de cuyos padres tonavía les parece poco tiempo las seis horas diarias que preceptúan los arcaicos procedimientos que se siguen en la actualidad?

PLUMAZOS

LA HIENA MUERTA

No, no podemos ser caritativos; no podemos ser hipócritas. Una de las mentiras menos respetables, porque á ninguno beneficia, es la que nos impone el deber del silencio ante las tumbas, cuando no lo justifica el desdén ó el cariño. Trepoff no merece respeto. Su nombre es afrenta de la humanidad. Si hubiera vivido en edades pretéritas y asesinado herejes, se codearía con San Cirilo. Si hubiera degollado á enemigos de su patria, en nombre del derecho que las naciones tienen

sobre los pueblos más débiles, sería un héroe al modo del duque de Alba. Sólo asesinó en nombre del Zar. No podemos admirarle como santo ni como guerrero. Fue únicamente un martirio humano, un esbirro de salón, para quien no mereció lástima la horrachera de ideas de un pueblo degenerado, capaz todavía de dejarse matar por principios que suelen hacernos sonreír con frecuencia. La memoria de Trepoff envilece á esta generación, no tanto envilecida.

La hiena ha muerto. Sucumbió como un sér bueno y noble, en su lecho, con los sanos dolores que nos purifican antes de que la materia continúe su eterna peregrinación. Quizás un pope orando le dió seguridades para lo porvenir. Lo más cierto es que su conciencia, la linda durmiente, continuase amodorrada en el oportuno casillero cerebral. Y ahora habrá en la tumba de la hiena pálidas flores de recuerdo, y los soñadores extenderán sobre ella el *labon* del perjuicio que manda honrar á los muertos, aunque hayan deshonrado previamente los pocos instintos nobles que subsisten en la pobre bestia humana. ¡Perdonar! ¡Olvidar! ¡Compadecer!... ¡Con qué vanas baratijas acostumbráramos á exornar el mutismo de nuestros odios á las santas indiferencias con que acogemos lo que no nos atañe por modo visible! Somos insignificantes, somos algo ridículos...

Augusto de Viverra.

BAÑOS DE MAR

La afición cada día más en *crecenda*, que sienten las gentes por los baños de mar, tiene muy natural y lógica razón de ser.

De un lado, los colores estivales que obligan á todo el mundo á buscar el modo de sustraerse á los tropicales ardores de la canícula, bañando y refrescando convenientemente la piel, y cuando no, oreándola en fresca y deliciosa brisa. De otro, la necesidad de combatir vicios y humores de la sangre, de modificar temperamentos morbosos (*escrofulismo* entre otros), en una palabra, la precisión ineludible de obtener los apetecidos y salutarísimos efectos terapéuticos. Por últi-

mo, la tiranía de las modernas costumbres, el sugestivo mandato del *sport* que obliga diariamente á mucha gente á dejar las comodidades de su casa, yendo en busca de las playas más en moda, porque también hasta aquí alcanzan los dominios de esa deidad caprichosa y tiránica á cuyo influjo y poderío rendimos todos fervido vasallaje y adoración cada vez más acendrada.

Es la moda, esa tiránica diosa á que hacemos referencia, poderosa aliada de los higienistas en esta cuestión; pues bien ha de parecer á éstos esa corriente general de emigración veraniega, que, periódicamente lanza á las poblaciones costeras una inmensa falange de bañistas buscando solícitos la acción curativa del agua del mar, la saluberrima influencia de la atmósfera marítima, sobrecargada de vapor salino; la deliciosa envoltura de refrescante brisa que orea los cuerpos haciéndoles sentir inefable sensación de placer y de frescura.

Mas no es esto solo: si queremos explicarnos brevemente cómo obra el agua del mar sobre el organismo humano, es decir su acción fisio-terapéutica, habremos de decir, que el agua del mar ejerce sobre el organismo una triple acción. Obra en primer lugar, determinando los efectos físicos de un simple baño de agua fría á saber: Palidez de la piel, primero; reacción, y eurojecimiento de la misma, después; escalofrío intenso, más tarde. Actúa, además, obrando ya terapéuticamente, es decir, ejercitando una acción *medicatriz*, curativa, representada por la suma de las acciones parciales de los cuerpos, que lleva en disolución el agua del mar. Tales son, entre otros, los cloruros sódico, potásico y magnésico; los sulfatos de magnesio y calcio; carbonatos varios, yoduros, bromuros, etcétera. Ejerce también una acción *meconoterápica* importantísima, de verdadero masaje, golpeando y excitando la piel al choque de las olas, activando el riego sanguíneo de la misma, determinando á la par por un mecanismo reflejo, profundas inspiraciones que sobre modificar ventajosamente la ventilación pulmonar, resultan altamente beneficiosas por las profundas modificaciones que pro-

de muchos negociantes, la compra de oro y el frecuente cambio que con los Cunas ribereños hacían de caray, tagua, pieles, cacao, cañabo, y jgua, por sales, aguardientes, pólvora, armas y baratijas, eran sin contar sus utilidades como agricultor, especulaciones basadas en narrativas para tener e satisfecho y hacerle fomentar la rícuca esperanza de regresar rico á su país, de donde había venido miserable. Servíale de poderoso auxiliar su hermano Thomas, establecido en Cuba y capitán del buque negrero que le seguía en su viaje. Descargado el bergantín de los efectos que en aquella ocasión traía y que á su arribo al puerto de la Habana había recibido, ocupado en la producciones indígenas que William había almacenado durante algunos meses, todo lo cual fué ejecutado en dos noches y con el mayor sigilo por los contrabandistas, el capitán se dispuso á partir.

Aquel hombre que tan despiadadamente había tratado á los compañeros de Nay, desde el día en que al alzar un látigo sobre ella la vio desplomarse inerte á sus pies, dispuesta toda la consideración de que su recia indole era capaz. Comprendiendo Nay que el capitán iba á embarracarse, no pudo sofocar un sollozo y lamentos suplicando que aquel hombre volviera á ver pronto las co-

Sardick, establecido hacía dos años en el golfo de Urabí, no lejos de Turbo, y su esposa, á quien Nay oyó nombrar Gabriola, una mestiza, cartagonesa de nacimiento.

XLIII

Explotábanse en aquel tiempo muchas minas de oro en el Choocó, y si se tiene en cuenta el rústico sistema que se empleaba para elaborarlas, bien merecen ser calificadas de considerables sus productos. Los dueños ocupaban cuadrillas de esclavos en tales trabajos. Introducíanse por el Atrato la mayor parte de las mercancías extranjeras que se consumían en el Cauca, y naturalmente las que doblaban expenderse en el Choocó. Los mercados de Kingston y de Cartagena eran los más frecuentados por los comerciantes importadores. Existía en Turbo una bodega.

Esto sabido, es fácil estimar cuán tácticamente había Sardick establecido su punto de residencia: las comiso.

Nay con otros esclavos estaba sobre cubierta. La epidemia que había atacado á los prisioneros permitía se les dejara respirar aire libre, temeroso sin duda el capitán del buque de que murieran algunos. Se oyó el grito de «¡tierra!» dado por los marineros.

Levantó ella la cabeza de las rodillas, y divisó una línea azul más oscura que la que rodeaba constantemente el horizonte. Algunas horas después entró el bergantín á un puerto de Cuba donde debían desembarcar algunos negros. Las mujeres de entre éstos, que iban á separarse de la hija de Magmahú, le abrazaron las rodillas sollozando, y los varones le dijeron adiós, doblando las cabezas ante ella y sin tratar de ocultar el llanto que derramaban. Casi se consideraron dichosos los pocos que quedaron al lado de Nay.

El buque, después de recibir nueva carga, zarpó al día siguiente, y la navegación que siguió fué más penosa por el mal tiempo. Ocho días habían pasado, y al viajar una noche el capitán la bodega, encontró muertos dos esclavos de los seis que escogidos entre los más apuestos y robustos reservaba. El uno se había dado la muerte y estaba bañado con la sangre de una ancha herida que tenía en el pecho, y en la cual se veía clavado aún un puñal de marinero que el infeliz había recogido